

Raquel Meller ha muerto



Raquel Meller en una de sus creaciones

BARCELONA, 26 (Crónica de nuestro corresponsal, Francisco Yagüe, transmitida por telex).—Francisca Marqués López, conocida en el mundo entero como Raquel Meller, entregó su alma a Dios a los 5,20 de esta madrugada. La Prensa de esta mañana no alcanzó la triste noticia de su muerte y Barcelona no ha podido aún reaccionar ante la que, no por esperada desde hace dos semanas, dejará de causar menos impacto en el corazón de los que la admiraron a través de su época esplendorosa de canzonetista o de los que recogieron la leyenda de su arte y de su vida a través del relato de sus mayores.

Los periódicos de ayer tarde habían recogido, con velado pero sincero optimismo, las noticias de una ligera mejoría que había permitido a Raquel ingerir alimentos a mediodía. Pero cuando los diarios salían a la calle, a las cinco de la tarde, una embolia pulmonar volvía a poner en peligro la vida de Raquel. Su extraordinaria vitalidad, su corazón todavía joven, pese a sus setenta y cuatro años, resistió todavía durante doce horas el nuevo ataque, pero coincidiendo con la salida de los periódicos matinales Raquel moría en brazos de su hijo.

El periodista había estado hasta dobladas las cinco de la mañana en constante comunicación con el hospital de la Cruz Roja. Al llamar, a las tres y media de la madrugada, en lugar de tomar el teléfono una enfermera, contestó una voz masculina, que me informó de la extrema gravedad de la ilustre paciente:

—Se está muriendo. No podrá resistir el último ataque sufrido esta tarde. Parece cuestión de diez o quince minutos el que entregue su alma a Dios.

Pedimos disculpas a nuestro amable comunicante, al tiempo que le preveníamos de que seguiríamos molestándole a hora tan intempestiva, por imperativo de la obligación profesional, y nos contestó:

—Soy el hijo de Raquel Meller. Comprendo perfectamente

los motivos de sus llamadas. Mi madre se debía al público y ustedes también tienen idéntica obligación. No se preocupe, puede seguir llamándome por teléfono. Precisamente estoy yo junto a él, mientras las enfermeras atienden a mi madre, para contestar y agradecer las llamadas que de toda España y desde media Europa hacen para interesarse por la vida de ella.

Y a las cuatro y media volví a hablar con Jorge Enrique Saiac, que me dijo:

—Sigue en la misma desesperada situación de hace una hora. Lucha con una fuerza enorme, en un cuerpo tan castigado como el suyo, pero no creo que logre vencer la madrugada.

A las cinco hablé por última vez con el hospital. Me dió mala impresión que no me respondiera la voz del hijo de Raquel. Por el contrario, se puso una enfermera al aparato y me dijo que seguía la gravedad, pero que parecía haber ligeras esperanzas de remontar la siempre peligrosa hora del amanecer. Pese a ello me sorprendió que Jorge Enrique no estuviera al pie del teléfono, como antes. Y es que en realidad eran los últimos minutos de vida de Raquel, y el hijo lo abandonó todo para estar junto a su madre, para despedirla de este mundo.

A las diez de la mañana he conocido personalmente a Jorge Enrique Saiac. Mientras el periodista se iba a descansar, Raquel había muerto. A las nueve y media abandonábamos la cama—tras dos horas escasas de sueño—, porque la noticia de su muerte llegaba hasta nosotros. En el vestíbulo del Hospital de la Cruz Roja estaba el hijo de Raquel, atendiendo a dos compañeros de Prensa. Me dió a conocer, recordó nuestras conversaciones telefónicas de la madrugada anterior y me dijo:

—Desgraciadamente tenía razón cuando, esta madrugada, le comuniqué mi pesimismo. A las cinco y veinte entregó su alma a Dios, en mis brazos. La besé y la cerré los ojos.

Enrique me contó los padecimientos sufridos por su madre en estas dos últimas semanas. Ingresó en el hospital hace cuatro meses. Su dolencia no era grave, y tras un largo internamiento, bien cuidada, respetando un horario de comidas—que ella nunca respetó cuando estaba sola en su torre de Sarriá—, Raquel Meller experimentó una tan notable mejoría, que se empezó a pensar en llevarla nuevamente a su casa, pero dentro de un régimen y de un cuidado que la pusiera al margen de los achaques sufridos. Cuando tal era el propósito, hace un par de semanas, una aguda arterioesclerosis le paralizó medio cuerpo y, a continuación, una embolia cerebral agravó considerablemente su estado. Desde hace diez días se temía el fatal desenlace, pese a haber experimentado, dentro de este período, dos ligeras mejorías, la última ayer mismo. Pero la posterior embolia pulmonar hizo definitivamente inútiles los esfuerzos de la ciencia.

Le pregunté a Jorge Enrique por su padre Edmundo Saiac, que reside en París.

—No, no ha podido verla morir. Está en camino y cálculo que llegará a media tarde, con tiempo sobrado para verla esta noche y presidir mañana, a primera hora de la tarde, el entierro.

Al preguntarle si se había previsto montar una capilla ardiente en el Conservatorio o en

cualquier otro lugar, me dijo que no, que no había previsto nada y que, por tanto, se iba a instalar en el mismo hospital. Me invitó a entrar en la sencilla habitación para ver a su madre, Raquel, envuelta en un sudario blanco, con las manos atadas al cuerpo dentro de la sábana, sólo asomaba la mitad de su rostro. La cara de una ancianita, con el gesto tranquilo de quien descansa definitivamente, sin un rictus de dolor. En su pecho, sobre el sudario, cuatro condecoraciones, una de ellas, la de la Orden del Mérito Civil española; otra, la roseta de la Legión de Honor, francesa. Velando su cadáver, media docena de ancianas amigas de la que se dió en llamar "Bella época", y la época lejana en la que Raquel triunfaba en los escenarios del mundo entero. Jorge Enrique volvió a cubrir el cadáver, tras besarlo nuevamente.

Abandono con el hijo la habitación. Tras la madrugada intensa, aún es pronto, las once de la mañana, para que Barcelona, España entera, haya sabido su muerte. A partir de mediodía, con los primeros noticiarios radiofónicos, el mundo entero sabrá de la muerte de la reina del cuplé. Y los telegramas, los testimonios de pésame empezarán a llover sobre la modesta habitación del hospital de la Cruz Roja, donde descansa para siempre Francisca Marqués López, la aragonesa universal que vió la luz del mundo el 9 de marzo de 1888, en Tarazona.

“El relicario” y “La violetera” no me han hecho famosa; yo he sido la que ha dado vida a estos dos muertos

Raquel Meller contó su vida en PUEBLO

Nuestro colaborador Marino Gómez-Santos sostuvo una entrevista con Raquel Meller que se publicó en PUEBLO dentro de la sección “Pequeña Historia de Grandes Personajes”. Este reportaje es, seguramente, la historia más completa de la famosa tonadillera de fama universal. Raquel Meller había contado a Marino Gómez-Santos:

—“El relicario” y “La violetera” nn me han hecho a mí famosa. Yo he sido la que ha dado vida a estos dos muertos.”

—“¿Qué sería de esas señoritas si no cantasen mis canciones?”

—“Los cuplés que yo canto no pueden cantarse con voz de sereno. Los cuplés fueron escritos para ser cantados con mi voz. Yo no puedo tener envidia a nadie.”

—“Mi carácter es muy violento. Pero cuando me quedo sola, hablo y razono con todos los personajes que he creado en mi arte. Ellos son los que me han enseñado la lógica.”

—“Si yo no hubiera sido ya famosa, Gómez Carrillo no se habría fijado en mí.”

—“Conocí a Enrique Gómez Carrillo en el hotel Palace de Madrid. Entonces trabajaba yo en el Triánón Palace, y allí, en el “hall”, hacía labores. Un día estaba en el “hall”, como todas las tardes, esperando la hora de ir al teatro. Se acercaron Manolo Machado, Benlliure y mi marido, al que entonces no conocía. Nos presentó Manolo Machado. “Raquel, aquí tiene usted a un mosquetero.” Estaban almorzando allí mismo, en el Palace, para celebrar el fin de la guerra mundial, y habían salido al “hall” para buscar a alguien conocido para brindar.”

—“Gómez Carrillo y yo nos casamos en Biarritz. Fue padrino el conde de Romanones.”

—“La emperatriz Eugenia me regaló dos sombrillas cuando yo trabajaba en la película “Violetas imperiales.”

—“Las artistas siempre me han desdeñado porque, claro, soy una cupletera. Cuando me recibían lo hacían para que al día siguiente los periódicos hablaran de ellas.”

—“Cuando yo debuté en el Paralelo, eran todo barracas. Ha-

bía carruseles y muchos solares sin edificar.”

—“Ahora, cuando toda aquella miseria empieza a ser historia, la gente dice que era una época romántica. ¡Fíjese usted qué romanticismo! Antes, en los cafés cantantes, cuando yo empezaba, cobrábamos siete pesetas. Y nos obligaban a entrar con sombrero. Por siete pesetas querían aquellos empresarios muchas cosas.”

—“Nosotros comprábamos un sombrero, le colocábamos una tarlatana que costaba una peseta, y metíamos el sombrero debajo del brazo. Al entrar nos lo poníamos, y al pasar por delante del empresario o del dueño del café lo volvíamos a poner debajo del brazo.”

—“Cuando yo estaba en el Arnáu trabajaba al mismo tiempo en Eldorado, en el Bosque, en el Tivoli, en la Sala Imperio y a veces en las fiestas de los pueblos que están a unas horas de Barcelona. Me llevaban volando. ¡No sé cómo no me quedaba en el camino!”

—“¡Mire usted! Lo he dado casi todo a quienes me lo han pedido o a quienes yo he querido. Estoy inscrita en hospitales, en leproserías y en muchos sitios más donde hay calamidades humanas. Cuando no me llega, vendo lo poco que tengo. Esa es mi satisfacción. Todos los pájaros que quieren venir a mi terraza tienen siempre qué comer. Les tengo preparados tres o cuatro kilos de vezas y su agua limpia, y allí como cuanto quieren. Yo me ocupo de que no les falte nada. Y antes que a ellos prefiero que me falte a mí.”

—“Todo tiene su pro y su contra. Me han hecho abrir ahora muchos los ojos. Yo digo muchas barbaridades y luego no me acuerdo de lo que he dicho. Siempre me reprochan: “Raquel no hace más que hablar cosas soberbias.” ¡Soy soberbia, lo soy con los soberbios, porque no los puedo tolerar! Con los humildes no lo soy. Hay muchos que se han enamorado de la gitaniña; pero yo, cuando salgo del escenario, no hago caso porque muchos me juzgan por los papeles que ven en escena.”

—“Un día, estando en Madrid, me fui a ver a Blanquita Suárez al Triánón Palace, que, como usted ya sabe, es el teatro Alcázar de hoy. En la misma fun-

ción actuaba Carmen Flores, cantando “La violetera”. Yo dije: “¡Qué bonita es esa canción!” De repente oí que silbaban y que empezaban a meter ruido. Entonces ella se metió dentro y yo oí que discutían: “Ustedes tenían que haberme advertido; ustedes, que han compuesto la canción. ¿Ustedes no sabían que esta canción no era para mí?”

—“Cuando yo ya me marchaba le dije al maestro Yust: “Maestro, hágame una copia de “La violetera”. Entonces el maestro soltó una carcajada y me contestó: “¿Después de lo que ha visto quiere usted una copia?” Yo le dije que sí. “Pues mañana se la mandaré al hotel.” Le advertí que me marchaba al día siguiente y que si no me la enviaba con puntualidad no llegaría a tiempo. A Montecinos, que era el autor de la letra, le dije ya en la puerta del teatro: “Ustedes tienen la culpa del fracaso de Carmen; ella no. Ustedes, que por vender un cuplé no les importa que fracase la artista.”

—“En París ensayé y canté para la película “Violetas imperiales” este cuplé. ¿Quiere usted creer que cuando vine a Madrid me costó mucho trabajo imponerlo en el teatro Maravillas?”

Habla también Raquel del rodaje de “Violetas imperiales”.

—“El Arnáu era igual que es hoy, pero menos limpio. Lo frecuentaban gentes de todas clases; pero cuando yo debuté en el Liceo pusieron celosias en los palcos. ¡Por las familias, sabe usted! Se había comentado con escándalo que una artista del Paralelo pasase al teatro Liceo; pero cuando fueron—se vendió todo ocho días antes—vieron que no había escándalo, ni mucho menos.”

—“A Mata-Hari yo no la vi nunca. ¿Usted no oyó decir que yo la había denunciado por celos, porque era un amor de mi marido, de Gómez-Carrillo? Dicen que si la fusilaron fue porque la denuncié yo. Y, ya lo ve usted, cuando ella estuvo aquí no estaba yo en España.”

—“He sido soberbia. Han tenido que aguantarme muchas cosas que no hubiesen aguantado a nadie. Recuerdo que cuando estaba yo trabajando en el teatro Lara, de Madrid, vino a verme el marqués de Viana para que

fuera al día siguiente a cantar a palacio. Le dije que no. “¿Pero por qué no vas, Raquel?” Yo le contesté: “Porque no quiero.” El marqués de Viana me dijo que habían ido Antonia Mercé, “la Argentinita”, y otras. “Bueno, pero yo no voy.” Cuando llegó a palacio le dijo: “¿Qué hay de eso?” Y el marqués de Viana le contestó: “Dícele Raquel que ella está en el teatro y que quien quiera verla que tome un palco.” Según me contaron, el Rey sonrió y dijo: “Raquel, siempre Raquel. Que reserven un palco para mañana.” Al día siguiente estaba el Rey en el teatro con la Reina. Cuando subí a saludar, la Reina se quitó unas flores de pitimín que llevaba y me las entregó.”

—“A mi finca de Villefranche vino a visitarme Charles Chaplin. Esas fotografías que hay colgadas por las paredes están tomadas casi todas en Villefranche. También me visitó el Rey don Alfonso XIII. Yo mandé que colocasen organillos y puestos de churros en el jardín. Al Rey le gustó mucho aquel recibimiento.”

—“He tenido de todo. Desde mármoles de Rodin, dibujos de Matisse, silleras auténticas del primer imperio, hasta un piano que había pertenecido de verdad a Mozart.”

—“El príncipe de Gales me envió una vez un reloj de esmalte y oro con una cadena de platino y perlas.”

—“A mí siempre se me gana por las buenas. ¿Usted quiere verme? ¡Si yo estoy dispuesta a que me ganen siempre!... Lo que ocurre es que me han dado mucho en la boca. Me han hecho las cosas más infames, las cosas que no quiero contar porque parecería que estoy loca y que son figuraciones.”

—“Charles Chaplin quiso que yo hiciera con él “Luces de la ciudad”, pero me puse enferma.”

—“Trabajé mucho en el cine. Hice muchas películas; pero en momentos en que el cine comenzaba. En Hollywood canté las primeras canciones para las películas parlantes, que iban a venir mucho tiempo después a Europa.”

—“En Nueva York, ¡cuántas noches la Policía me daba escolta hasta el hotel! La gente seguía detrás, ciñéndose lo que podía. Aquello era enorme.”

